

AL MARGEN DE LOS LIBROS

Asistimos a un resurgimiento de las letras extremeñas. Tan evidente es el fenómeno que no creemos preciso insistir sobre él.

Encima de la mesa tenemos varios libros: *Ausencia de mis manos*, *Der valle a la sierra*, *Por la misma senda*, *Cancionero español de Navidad*, *Nueva-York*, *La celda de Carlos V*, *Historia del culto y Santuario de N.ª S.ª de la Montaña*, *Patrona de Cáceres*, *Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, *Las alas en el Libro de buen amor*, *Todo bien*. Poesía, viaje, historia, ensayos, crítica y novela. No todas estas obras son de autores extremeños o de temas relacionados con nuestra región; pero sí la mayoría.

Bien sabe Dios que quisiéramos dedicar a cada una toda la atención que se merecen. Ningún quehacer más grato, pero nos falta tiempo y espacio y hemos de ser breves, pese a nuestro deseo de no serlo.

Ausencia de mis manos (1) es el título del primer libro de versos que Manuel Pacheco ha publicado a fines del pasado año. El prólogo fué escrito por el Sr. Vaca Morales, que tan cordialísima acogida presta a estas actividades de la inspiración juvenil, al convertirse en embajador de nuestros poetas. Las ilustraciones son de Manuel Terrón Albarrán: joven de mucho talento: poeta, prosista, dibujante y pintor. Luego hablaremos de sus dibujos, sin que nuestro adverso comentario reste fuerza alguna a la anterior afirmación.

Es muy difícil juzgar a un poeta como Manuel Pacheco. ¿Adscritos a una determinada generación literaria nos desagradan estas formas de poesía y somos poco aptos para considerarlas? ¿Hay en ellas verdaderos tesoros líricos y estamos ciegos si no los vemos? El hecho de que nos dirijamos estas preguntas es una prueba evidente de nuestra sinceridad y deseo, al propio tiempo, de que no se dé al juicio que vamos a estampar aquí, otro alcance que el de una opinión personal. Y a nadie podrá sorprender esto, ahora que están de moda los subjetivismos, incluso en el ejercicio de la crítica literaria.

Que Manuel Pacheco es un poeta, es cosa que está fuera de toda duda. Bien gobernada su fantasía y limpia su pluma de extravagancias, puede forjar versos muy estimables. No carece de ninguna de las prendas que son necesarias para pulsar la lira con acierto. Tiene imaginación y a través de sus líricos rompecabezas se adivina un rico manantial de sentimientos. Pero falta la mente ordenadora que armonice todo ese copiosísimo caudal de elementos poéticos; que coloque las cosas en su sitio; que las haga coherentes y subsiguientemente comprensibles, y por otra parte, un concepto más depurado de la Belleza.

No creemos, dicho sea sin la menor petulancia, que sea difícil componer versos así. Porque lo verdaderamente difícil del verso es «encajar» las ideas, los afectos, las imágenes, dentro de unos límites marcados por la cadencia, el número, la armonía, el ritmo, la locución poética, la medida y la rima. Pero si nos desentendemos de tales prescripciones y además sepultamos siete estados debajo de tierra el buen sentido, moviéndonos anárquicamente en el mundo de las cosas, con subversión de sus caracteres fundamentales y específicos, hacer versos es más fácil que hacer zapatos.

Muchas veces hemos pensado si cabría componer una clase de poemas que consistiese en colocar las palabras sin atenernos a su sentido propio, ni al proceso discursivo de las ideas y de los sentimientos, donde conviniere a las partes integrantes del lenguaje rítmico. De aquí saldría un disparate, naturalmente, pero un disparate lleno de musicalidad, de armonía, de ritmo, de número, de cadencia. Ahora bien, lo que no nos explicamos ni nos explicaremos nunca, es que se falte con reiteración a estos imperativos de la poesía, como de cualquier otro arte, esto es, al desarrollo racional—no obstante todas las exaltaciones líricas de la inspiración—de las ideas y afectos del poeta, y se falte también a la forma o expresión rítmica, como demuestran de manera indubitable esos versos hoy tan en boga, de un pobrísimo vocabulario poético, llenos de palabras vulgares, cuando no chabacanas, descolocado acento,

(1) Badajoz, 1949.

cortos o largos, pocas veces bien medidos, con internas y frecuentes asonancias y de una rima deficientísima o lo que es peor, arbitraria.

A manta de Dios podríamos traer a estas páginas versos de nuestro joven colaborador, en los que no se sacrificó el contenido a la forma, y careciendo de cohesión las ideas y los sentimientos; de orden, de un desarrollo lógico y racional, carecen también de ese mínimo de factores rítmicos, expresivos, que exige la versificación para que pueda merecer tal nombre. «Yedras de hierro se enredan a tu rostro con mi surco de besos—con el barro deshecho que me dió tu cintura»...; «dispara sus leyes a mis hombros de aceite»; «y la nevada vegetal que plomiza eclipsando la luz de tus encantos»; «Eran tus ojos—luceros olvidados del tiempo con relojes».

Cada verso debe ser un fuerte aldabonazo dado en nuestro corazón o dorado acicate clavado en él: espuela ideal que al herir nuestra sensibilidad remueva todos los sentimientos del alma, los hiperestésie en un supremo esfuerzo de realización estética. Pero ¿se nos quiere decir qué fibras del corazón pueden vibrar al conjuro de esas leyes disparadas a los hombros de aceite del poeta, de esa nieve vegetal que convierte en plomo y eclipsa la luz de unos encantos femeninos o de esos ojos que son luceros olvidados del tiempo con relojes? Si no tuviéramos la certeza de que Manuel Pacheco es un muchacho muy formal, muy serio, sospecharíamos que bromeaba con el lector, que era un chungoncete.

Entonces despertaste de tu sueño
fué un globo en los azules tu esperanza,
la honda de tu mano cerró las cinco cuerdas
y tu garganta disparó guijarros
contra el dominio azul que sonreía.

Por mucho esfuerzo que haga nuestra imaginación no podemos representarnos una garganta disparando guijarros contra la sonrisa del dominio azul.

Convéznase nuestro estimado amigo Manuel Pacheco; todas estas cosas son extravagancias que, en parecer de quien suscribe estos renglones, no conducen, ciertamente, a las cumbres del Helicón o del Parnaso. Y es lástima que dadas las raras cualidades que adornan al autor de *Ausencia de mis manos*—bien visibles a través de *Nocturno en rojo mayor*, *La niña de los limones*, *La niña de la guitarra*, *Ella y yo*, y sobre todo *La tarde no ha nacido*, a pesar de su estructura lírica, más propia del delirio que de la sana razón—no las emplee con más provecho para el arte.

Los años son el mejor correctivo de estas anomalías de la inspiración. Pero insistimos en que es una pena, que tengamos que esperar tanto tiempo para que árbol tan espléndido como éste, nos depare sazonados y sabrosísimos frutos.

En la literatura ha habido siempre extravagantes. Mas los que dándose en ellos tal circunstancia, han pasado a la posteridad, pasaron no por sus extravagancias, sino a pesar de ellas. Góngora, que fué un poeta casi divino en sus romances de *Angélica y Medoro*, *La más bella niña...*, *Servía en Orán al rey...*, etc., se hizo oscuro, pedantesco y estafalario en las *Soledades* y el *Polifemo*. Sus romances—¡qué ciego estuvo Hermsilla al condenar este género de composiciones!—son vasos de oro labrados, llenos de rico mosto de Chipre o de Falerno. Sus poemas son también áureos vasos labrados, pero sin contenido, o si se quiere, con un contenido que apenas hiera nuestra sensibilidad. ¡Quién se acuerda hoy del poema *Alexandra*, de Licofrón, de *La pícara Justina*, atribuida al licenciado Francisco López de Ubeda, de *El Doctor Lañuela*; de Ros de Olano?

Las ilustraciones de Terrón Albarrán están en consonancia con el carácter de los versos. Pero mientras no cambie la naturaleza tenemos que rechazar de plano estos dibujos. Nada hemos de oponer al primero: una cabeza de mujer vista a través del cristal de la copa que la contiene, y cuyos rubios cabellos semejan la espuma que se desborda del fino recipiente. Unos pétalos, colocados a capricho, y cuatro manos de largos y afilados dedos, tendidas hacia la visión como ensoñada que nos ofrece la cristalina copa. Se trata de una composición artística más o menos arbitraria. Las siguientes ilustraciones lo son del todo. Una ventana o armario, pues no es fácil distinguirlos; una media luna, una cabeza de mujer, con el pelo suelto y tan negro como el endrino, contrastando con la nivea blancura de la tez; una guitarra; varias estrellas de diversa magnitud; un vaporoso velo o finísimas guedejas cayendo desde la parte superior del dibujo y un ojo de negríssimas pestañas y cejas, como presidiendo, vigilante e inquisitivo, el conjunto de tan anárquica ilustración.

No disponemos de espacio para describir los demás, pero no difieren gran cosa del que queda descrito.

¡Qué lástima de talento—pues es indudable que Terrón Albarrán lo tiene—dado a empeños de tan dudoso linaje artístico!

Desde la *Iliada* hasta *El Embargo* son numerosas las obras, largas o breves, que están escritas en dialecto. Mas la rudeza de la lengua requiere que el contenido tenga nervio y vigor. A mí no me disgusta pechar con las asperezas de un atajo si en torno mío existe una naturaleza brava y pujante en la que recrear los ojos.

El laureado autor **Der valle a la sierra** (1), Enrique Sansinena Aragüete, ha escrito en dialecto extremeño diecisiete composiciones de variado asunto. Nuestro culto colaborador D. Enrique Segura las ha prologado. Siempre veremos con simpatía estas aficiones literarias en quienes han de rendir tributo diariamente a trabajos muy distantes del mundo ideal de los versos. El *Alcubilla*, los arbitrios y las multas suelen ser poderosos enemigos de la Belleza. Vencer sus estragos es ya un triunfo. Y este devoto de las Musas, Oficial mayor del Ayuntamiento de Hornachos, alterna la pluma de los informes y dictámenes administrativos, el «Visto» y el «No obstante Ud. resolverá», con el plectro de poeta, que hiera las cuerdas de la lira para cantar a la Virgen de los Remedios, a la luna, al sauce y a la zagalina, o para narrar el fuerte dramatismo de un desafío, en que ambos contendientes, movidos por el amor indivisible de una moza, sucumben en la reyerta.

¿Por qué el poeta cuando habla no por boca de gañanes y campesinos, sino por la suya propia, opta también por el dialecto extremeño? En esta circunstancia se nota más la influencia de Chamizo que la de Gabriel y Galán, que han debido de ser los dos modelos preferidos del Sr. Sansinena al emprender su obra.

Algunos versos ofrecen más de un punto vulnerable respecto de la medida y del acento y quizá no fuera difícil señalar ciertas deformaciones del lenguaje impuestas más que por el uso popular por una deficiente percepción auditiva del autor.

Reconozcamos de todos modos, la firme vocación literaria del Sr. Sansinena y esperemos que la lectura de los buenos poetas haga más sensible su oído a las exigencias del verso, para que en futuros libros aparezcan multiplicadas las excelencias de éste y corregidas sus imperfecciones.

Alejandro Gago pertenece a la flamante generación de poetas que brindan sus primicias al público selecto a través de las páginas de *La isla de los ratones*, *Maricel*, *Espadaña*, *Cántico*, *Manantial*, *El Arca*, etc. Nació en Santander el 24 de Abril de 1927. Cultiva el artículo y el cuento. Su elegía **Por la misma senda** (2) ha sido publicada por nuestro joven colaborador Manuel Arce, en la colección *La isla de los ratones*. El librito, en octavo menor, está primorosamente editado.

Al entrar en los dominios de la poesía actual—José María Valverde, José Luis Cano, Victoriano Crémer, Pedro Pérez Clotet—hay que renunciar a toda norma prestablecida sobre la elaboración del verso. En la elegía que comentamos, la rima asonante va espaciada a capricho en la primera parte del poema, y la medida es variadísima; desde el trisílabo al endecasílabo, empleándose también en esta gama métrica, el verso de nueve sílabas, tan poco armonioso y musical, como es sabido.

La preocupación actual de los poetas es prescindir deliberadamente de toda fronda retórica, de modo que la poesía aparezca desnuda. Esta sobriedad formal—que no es nueva en nuestra lírica, pues Fray Luis de León en los siglos áureos la observó y Bécquer, en la última fase del romanticismo—exige mucho nervio respecto del contenido lírico. A unos ojos ávidos de desnudeces femeninas, no le déis nunca un esqueleto de mujer, como objeto de contemplación. Y suponemos que el lector piense igual en lo atinente a la poesía.

En este poema de Alejandro Gago la vena lírica salpica de trecho en trecho las partes que lo constituyen, pero no fluye copiosamente a través de los versos. Tales altibajos de inspiración resecan el ánimo, que acaba sufriendo algo así como una desilusión o desencanto. Apeteceríamos mayor jugosidad lírica, pues aun cuando haya de propósito una marcada sobriedad expresiva, no creemos que el autor del libro res-

(1) Badajoz, 1949.

(2) Santander, 1949.

trinja también deliberadamente el contenido del poema: esto es, sus ideas y sus afectos.

¿Qué les ocurrirá a los demás lectores? ¿Gozarán realmente con estas premiosidades poéticas? ¿Sentirán bien clavado en las entrañas el dardo de la emoción, al pasar sus ojos por estas o parecidas páginas? En cuanto a nosotros se refiere, no seríamos sinceros—es decir, faltariamos a los deberes de la honradez literaria—si no declarásemos la desgana que nos produce esta poesía.

Las estrofas de romance que integran la segunda parte del poema, son en cambio, armoniosas, fluidas, rítmicas. Su musicalidad, atravesada por la melancolía del tema poético, es muy grata al oído, y los hondos sentimientos del poeta hieren fuertemente nuestra sensibilidad.

Me dijiste del otoño
y de sus frutas amargas.
Y de la vida que huye
Y de la luz que se apaga.

Me dijiste que era triste
morir en plena mañana.
Cuando se esperan los días
y tiembla de amor el alma.

Traías la muerte de plomo
pesándote en las espaldas,
y un rebrillar de fusiles
cruzándote la mirada.

¡Quién podría pensar que las «flautas de oro» de Moratín, el hijo, de su *Elegía a las Musas*, habríamos de encontrarlas en esta otra elegía de Alejandro Gago! (1) Tan distantes ambos en el tiempo y en el estilo.

Nuestro colaborador D. Adolfo Maíllo ha seleccionado, prologado y anotado el **Cancionero español de Navidad**, (2) que la Colección *Crisol* acaba de sacar de molde. Consta este volumen, cuyas proporciones tipográficas son bien conocidas, de dos partes: la primera, integrada por canciones navideñas debidas a la musa popular, y la segunda, la más numerosa, si bien el colector declara en el Prólogo su preferencia por la poesía anónima, por las que compusieron nuestros poetas desde Gómez Manrique a Xavier Vallejos.

Al final del pequeño volumen el lector encuentra unas breves noticias bio-bibliográficas sobre la mayoría de los autores coleccionados.

El prólogo es enjundioso. El Sr. Maíllo, cuya vigorosa mentalidad nadie ignora, muéstrase partidario de la inspiración popular, tan sencilla, fresca y espontánea. Aunque no sea unánime en nuestras letras este punto de vista—Valera discrepó de él en su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua—(3), la verdad es que tiene numerosos y valiosísimos defensores.

No creemos que se pueda reprochar a nuestras letras la falta de entusiastas eruditos de la poesía anónima. A las mientes acuden los nombres de D. Agustín Durán, Böhl de Faber, D. Tomás Aguiló, Milá y Fontanals, Menéndez y Pelayo, Cejador, Menéndez Pidal, etc. Y si traspasamos las fronteras nacionales en busca de colectores y comentaristas de cuentos populares y de estos bellísimos testimonios de la musa anónima en cada país, ahí tenemos a los Grimm, Wolf, Depping, Woysieki, Du Meril, Croke, Simrock, Hofmann, Garret y tantos otros que cabría citar. No está, pues, huérfana de protectores, de estudiosos críticos, la poesía popular, tan rica y variada, de tan perenne lozania.

Tampoco conviene olvidar que en la poesía, la forma tiene una capitalísima importancia. Que de nada sirve la hondura y vigor de los afectos o la elevación de las ideas, si no acertamos a darles una forma impercedera. Por eso los Fray Luis de León, Leopardi, Byron, Chénier, Carducci, etc., ocuparán siempre los primeros pue-

(1) «Ni pájaros,—ni el viento—con sus flautas de oro», pág. 22.

(2) Madrid, 1949.

(3) *La poesía popular como ejemplo del punto en que debieron coincidir la idea vulgar y la idea académica sobre la Lengua Castellana*. O. C. T^o I, Madrid, 1905.

tos del Parnaso. Lógico es por consiguiente, que la crítica dedique la debida preferencia al estudio de cuestión tan importante como ésta. Ahora bien, en lo que estamos ya de acuerdo con el Sr. Maíllo y con el Sr. Girón Lemus, autor de *Las alas en el Libro de buen amor*—libro al que quisiéramos también dedicar un comentario por breve que sea—es que abundan mucho los historiadores de las letras, superficiales y enumerativos, que se limitan a citar nombres, títulos y fechas, sin que aparezca por ningún lado el análisis profundo y certero.

Felicitemos al Sr. Maíllo por este nuevo testimonio de sus actividades literarias y le agradecemos el ejemplar dedicado tan cordialmente a nuestra Revista.

¡Qué salto vamos a dar ahora! De los ingravidos villancicos en que nuestros poetas cantaron la Natividad del Señor, al interesantísimo libro que D. Diego Hidalgo, ilustre conterráneo, acaba de reimprimir:

Nueva York (1) es un *reportaje* de la mejor estirpe literaria. El Sr. Hidalgo no fué a la populosa urbe norteamericana a «hacer literatura», sino a «levantar un acta notarial» de cuanto vió y oyó. En ocasiones análogas Paul Morand, Blasco Ibáñez, Gómez Carrillo y tantos escritores viajeros, componen unas brillantes páginas, en las que el *buen ver* literario o el empaque intelectual sacrifican en su propia ara todo hábito, pormenor, circunstancia, modalidad, etc., que por su naturaleza diste mucho de lo trascendente o del arte.

En las páginas de *Nueva York* todo se ha subordinado al propósito informativo del autor. De aquí que desfilen a lo largo de libro tan ameno y útil, las cosas más vulgares e incluso pueriles. Mas esta acertadísima sucesión de temas, entre los que no faltan tampoco los más elevados de la formación religiosa, cultural, política y económica de los yanquis, esclaviza la curiosidad y atención del lector, que termina el libro sin un alto en la marcha, ni un gesto de cansancio.

Hemos dicho que *Nueva York* es un *reportaje* de la mejor prosapia literaria. Y así es. Porque si la información nada omite, ningún extremo importante o subalterno relega al olvido, el estilo del narrador, la forma, no carece de arte. Un lenguaje llano, sencillo, que fluye con la más desenfadada naturalidad, entreverado de agudezas y ocurrencias, sirve de vehículo a tan cabal información.

Auguramos al Sr. Hidalgo una no muy lejana tercera edición del libro y le agradecemos, sinceramente, las palabras tan alentadoras que en la dedicatoria estampa y que han de servir de estímulo a cuantos intervenimos en la publicación de esta Revista.

Hacemos punto final. En el próximo número de ALCANTARA dedicaremos unos comentarios a las demás obras recibidas.

PEDRO ROMERO MENDOZA

(1) Madrid, 2.^a ed., con Prólogo de Antonio Rodríguez de León.

BIBLIOGRAFIA

INQUIETUD APOSTOLICA: Suplemento al Boletín Oficial del Obispado (Coria, Diciembre 1949).—Aparecen en este número, entre otros trabajos informativos, un editorial dedicado a la Navidad y una composición, titulada *MARIA POR ESPAÑA*, de Efedo.

ESPADANA: Poesía y Crítica (León, 1949).—En el número 43 de esta Revista aparecen los siguientes trabajos: *Poesía y vida: Razón poética; Proemio americano*, por Ricardo Molina; *Corazón en la noche e Himno a un álamo*, por Juan Ruiz Peña; *Tres pintores jóvenes*, por Ricardo Bullón; *Viaje al cielo del hombre mágico*, por Pio Gómez Nisa; *Los viejos del suburbio*, por José M.^a Rodríguez Méndez; *Poemas ibéricos*, de Miguel Torga (Trad. y nota de Pilar Vázquez Cuesta); *Cuentos de camino*, por Victoriano Crémer; *Edad*, por Manuel Arce; *Dos elegías para otoño*, por Manuel